Script Ready	/ /	AR
Recorded	/ /	SM
Edited	/ /	
Checked	/ /	
Corrected	/ /	
Mastered	/ /	

PROGRAMA No. 0127

ÉXODO

Capítulos 35:30 - 38:7

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro estudio del libro de Éxodo. En nuestro programa anterior, estábamos hablando de las ofrendas voluntarias para el tabernáculo. Y dijimos que no había ninguna imposición, ninguna exigencia sobre los israelitas; y que además del oro, la plata y el bronce, debían también traer otras cosas como vimos en los versículos 6 al 9.

Ahora, en aquel día no había tal cosa como la moneda corriente, la moneda de curso legal. El comercio se hacía por el método de trueque de mercancías. De modo que los israelitas estaban dando estas cosas para la obra del Señor. Y todavía hoy en día se puede servir al Señor de esta misma manera. Muchas personas creen que cuando se habla de ofrenda, siempre deben firmar un cheque. Ahora, no nos entienda mal, porque el dinero también se puede ofrendar. Pero el Señor acepta también las cosas que ofrendamos para Su obra. Ahora, volviendo a nuestro texto, surge la pregunta: ¿de dónde obtuvieron los israelitas los artículos diferentes que ofrendaron para el tabernáculo? ¿Recuerda usted que ellos habían servido como esclavos en Egipto y obtuvieron estas cosas cuando cobraron su sueldo retrasado? Los egipcios estaban contentísimos de pagarles y estar así libres de los israelitas. Israel, pues, salió de Egipto con muchísima riqueza. Resumiendo este asunto de las ofrendas voluntarias que los israelitas trajeron, el versículo 29 de este capítulo 35 de Éxodo, nos dice:

[29]De los hijos de Israel, así hombres como mujeres, todos los que tuvieron corazón voluntario para traer para toda la obra, que Jehová había mandado por medio de Moisés que hiciesen, trajeron ofrenda voluntaria a Jehová. (Éx. 35:29)

Y pasamos ahora a considerar a Bezaleel y Aholiab y su llamado al trabajo. Leamos los versículos 30 y 31 de Éxodo 35:

[30]Y dijo Moisés a los hijos de Israel: Mirad, Jehová ha nombrado a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá; [31]y lo ha llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo arte. (Ex. 35:30-31)

Bezaleel es el hombre que hizo los muebles que son de tanta importancia en el tabernáculo. El versículo 34 dice:

[34]Y ha puesto en su corazón el que pueda enseñar, así él como Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan. (Ex. 35:34)

Dios dio a Bezaleel la habilidad de pasar a otros su don. Leamos ahora el versículo 35 de Éxodo 35:

[35]y los ha llenado de sabiduría de corazón, para que hagan toda obra de arte y de invención, y de bordado en azul, en púrpura, en carmesí, en lino fino y en telar, para que hagan toda labor, e inventen todo diseño. (Ex. 35:35)

El tabernáculo era una cosa hermosa. Era una joya en el desierto. No era grande como las tiendas grandes, sino mas bien una construcción pequeña. Según el valor de los metales en nuestro tiempo, ha sido avaluado en unos cinco millones de dólares lo que fue invertido en la construcción del tabernáculo. El valor podría ser aún más grande. El tabernáculo era la joya preciosa de Dios, un cuadro de Su Hijo Jesucristo. Y aquí concluye el capítulo 35 de Éxodo. Y entramos en el capítulo 36. En este capítulo consideraremos los aspectos siguientes: Las ofrendas son entregadas a los trabajadores. La liberalidad del pueblo es suspendida. Las cortinas, la cubierta, el velo interior y el velo para la puerta. Este capítulo nos trae una vez más a las instrucciones dadas en cuanto al tabernáculo. Las instrucciones tienen mucha importancia porque el tabernáculo es el retrato del Hijo de Dios, Cristo Jesús. Lo revela a Él. Leamos el primer versículo de este capítulo 36 de Éxodo:

[1]Así, pues, Bezaleel y Aholiab, y todo hombre sabio de corazón a quien Jehová dio sabiduría e inteligencia para saber hacer toda la obra del servicio del santuario, harán todas las cosas que ha mandado Jehová. (Ex. 36:1)

Aquí vemos que un gran número de hombres se ocuparon en la construcción del tabernáculo. Ahora, el encargado era Bezaleel. Sigamos adelante y leamos el versículo 2 de Éxodo 36:

[2]Y Moisés llamó a Bezaleel y a Aholiab y a todo varón sabio de corazón, en cuyo corazón había puesto Jehová sabiduría, todo hombre a quien su corazón le movió a venir a la obra para trabajar en ella. (Ex. 36:2)

Note usted que aquí hay algo que es muy importante y esencial en la obra del Señor. Si es que usted está sirviendo de mala gana al Señor, no le sirva así. Dios no puede usar esa clase de actitud. Los que están construyendo el tabernáculo son hombres que están grabando unos muebles bellos que van a ser usados en la adoración del Señor. Esto no es para ellos simplemente "una tarea". Ellos no están pendientes siempre de la hora de salida. No son miembros de ningún sindicato. No trabajan solamente durante ciertas horas de la semana, y luego paran. No están construyendo el tabernáculo porque están obligados a trabajar. Durante los años pasados, habían servido como esclavos y ahora una vez más están trabajando como si fueran esclavos, pero esta vez trabajan porque quieren trabajar, de su propia voluntad. Note usted que sirven de buena gana. Y, esa, amigo oyente, es la manera en la cual nosotros debemos servir al Señor.

Una vez un predicador joven dijo a otro predicador más anciano, "A mí me gusta el ministerio, pero no me gusta predicar". Ante tal declaración, el predicador anciano le aconsejó salir del ministerio, porque el ministerio no es el lugar para el hombre a quien no le gusta mucho estudiar la Palabra de Dios. Si un predicador no puede cumplir su trabajo con entusiasmo, ni predicar con entusiasmo, entonces, no debe estar en el ministerio. Hay predicadores que van al púlpito a predicar y ¡qué batallar, qué esfuerzo, pero qué falta de entusiasmo! Amigo oyente, si usted no puede predicar, ni servir al Señor con energía, con vigor y con vitalidad, no predique. Dios no quiere el servicio de aquellos que preferirían más bien, hacer otra cosa.

Fíjese usted que Bezaleel se precipita a toda prisa. ¿Se dirige acaso a un juego de fútbol, o a un juego de béisbol o alguna fiesta? ¡No, amigo oyente! Bezaleel va a trabajar, a trabajar para el Señor. Al llegar el próximo domingo si los creyentes asistieran a la iglesia llenos de entusiasmo, todo el pueblo pronto asistiría para ver lo que está pasando en la iglesia. Tendríamos un verdadero avivamiento. La obra de Dios debe ser hecha con gozo y con felicidad; debemos servirle con alegría. El Apóstol Pablo, nos dice en su carta a los Romanos, capítulo 14, versículo 5: *Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.* Así, amigo oyente, es como debemos servir al Señor. Debemos estar plenamente convencidos de que le estamos sirviendo porque queremos servirle, y porque estamos ansiosos de agradarle. Una vez más, en su primera carta a los Corintios, capítulo 9, versículo 16, Pablo dice: *Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!"* Pablo anhelaba predicar el Evangelio.

Aquellos trescientos hombres de Gedeón no doblaron sus rodillas para beber las aguas. Bebieron llevando el agua con la mano a sus bocas, y siempre velando. Ellos dicían: *¿Dónde están aquellos Madianitas? Queremos derrotarlos.* El relato se encuentra en Jueces, capítulo 7, versículos 5 al 7. Esta es la clase de entusiasmo que nos hace falta hoy en día en la iglesia, amigo oyente. Nos quedamos atollados con demasiados santos muertos, y quiero decir que están muertos ya antes de ser sepultados. Leamos ahora, los versículos 3 al 5 de Éxodo 36:

> ***[3]Y tomaron de delante de Moisés toda la ofrenda que los hijos de Israel habían traído para la obra del servicio del santuario, a fin de hacerla. Y ellos seguían trayéndole ofrenda voluntaria cada mañana. [4]Tanto, que vinieron todos los maestros que hacían toda la obra del santuario, cada uno de la obra que hacía, [5]y hablaron a Moisés, diciendo: El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga. (Ex. 36:3-5)***

Este es el único lugar de que hay constancia que sepamos donde se hizo necesario pedirle al pueblo que dejara de ofrendar. Ofrendaron muchísimo más de lo que era necesario para construir

y amueblar el tabernáculo. Nunca antes hemos oído hablar de una ofrenda así como ésta. Fue en realidad, un milagro. Veamos ahora, el versículo 6:

[6]Entonces Moisés mandó pregonar por el campamento, diciendo: Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más. (Ex. 36:6)

Moisés les exige a los israelitas que no ofrenden más, y las ofrendas tuvieron que ser suspendidas porque ya habían traído lo suficiente. Esto de veras es asombroso a la luz del hecho de que los israelitas acababan de salir de la esclavitud. Nunca antes habían poseído nada y ahora que disfrutaban de estas riquezas, es de esperarse que no estarían tan dispuestos a regalarlas. Sin embargo, ofrendaron generosa y gozosamente y con entusiasmo a su Dios. Cualquier cosa que hagamos por Dios, debemos hacerla así de esta manera. Así es como Dios quiere que la hagamos. Dios quiere que ofrendemos gozosamente. Hace años hubo un lema que se leía así: "Dad hasta que os duela". Y Dios dice: "Si duele, no des". Y, amigo oyente, su adoración a Dios y también el ofrendar deben ser ejecutados con verdadero gozo.

Aquí en este capítulo, parece que vamos repasando los detalles en cuanto a los muebles y una parte del tabernáculo. Parece una repetición, pero note usted que antes nos fue dado el dibujo para el tabernáculo, y que ahora llegamos a la ejecución misma del trabajo. No tan sólo necesitamos el dibujo y los materiales, sino también el trabajo. Están ahora empezando el trabajo aquí en este capítulo. Leamos el versículo 8 de este capítulo 36 de Éxodo:

[8]Todos los sabios de corazón de entre los que hacían la obra, hicieron el tabernáculo de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; las hicieron con querubines de obra primorosa. (Ex. 36:8)

Estas cortinas cubrían todo el tabernáculo. Era la cubierta que ponían primero en los muebles cuando salían en marcha a través del desierto. Era el cerco de afuera. Este lino torcido habla de la justicia de Cristo. Habla de Su carácter y de Su obra. Habla de la justicia que Él provee para que podamos ser vestidos para así pararnos ante la presencia de Dios. Lo importante que

debemos notar aquí es que Cristo es suficiente para suplir nuestras necesidades. Es Poderoso para salvarnos. Es Poderoso para librarnos. Y es Poderoso para guardarnos.

Y pasamos ahora a las tablas y las basas. Las cortinas de pelo de cabra, la cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo, y las tablas y las basas también hablan de la persona de Cristo de una u otra manera. Ahora, la longitud del tabernáculo era de treinta codos y su anchura de diez codos con diez codos de altura. Era hecho de madera de acacia y las tablas eran cubiertas de oro por todos lados. Las tablas tenían un codo y medio de ancho. En la marcha por el desierto estas tablas pesaban muchísimo.

Todos los muebles eran llevados en los hombros de los sacerdotes de la tribu de Leví. Las tablas de oro estaban en posición vertical, pero cada una tenía ciertas basas que encajaban en basas de plata y todo el tabernáculo reposaba sobre plata. La plata significa la redención. El tabernáculo estaba unido por barras. Ciertos anillos habían sido instalados en cada tabla y, cuando era levantado, estas varas se ajustaban y unían el tabernáculo. Era una construcción muy compacta.

Y pasamos ahora, al aspecto de los velos. El tabernáculo tenía un velo interior que separaba el tabernáculo principal en dos compartimientos. El compartimiento pequeño era el Lugar Santísimo y el más grande era el Lugar Santo. Luego, había el atrio, y alrededor de éste, un vallado que tenía cinco codos de altura, cien codos de largo y cincuenta codos de ancho; todo hecho de lino torcido. Todo lo que había en el tabernáculo describe alguna parte de la Persona o la Obra del Señor Jesucristo. Y así concluimos nuestro estudio del capítulo 36 de Éxodo.

Ahora, en el capítulo 37, se sigue dando la descripción del tabernáculo, el arca, el propiciatorio con los querubines. La mesa con sus utensilios, el candelabro, etc. El altar del incienso, el aceite santo de la unción y el incienso aromático. Todo lo que se menciona aquí en este capítulo 37, ya ha sido tratado en los capítulos previos en el libro de Éxodo. En lugar de leer todo esto de nuevo, recapitularemos algunas de las cosas que consideramos de mayor importancia.

Primero, el mobiliario del tabernáculo. Los dos muebles en el atrio eran el altar de bronce y la fuente. Cuando uno entraba en el Lugar Santo, había tres muebles: el candelabro de oro, la mesa para el pan de la proposición, y el altar del incienso. En el Lugar Santísimo estaba el arca del testimonio y el propiciatorio.

Había tres entradas al tabernáculo. La primera entrada conducía al atrio por el cerco que rodeaba el tabernáculo. Luego, una puerta conducía al Lugar Santo, y la tercera entrada conducía al Lugar Santísimo, al cual únicamente el sumo sacerdote podía entrar, y esto solamente una vez en el año, en el día de la expiación. Había siete muebles que estaban arreglados de tal manera que presentan un cuadro maravilloso. El altar de bronce habla de la cruz de Cristo donde recibimos el perdón del pecado. La fuente habla del hecho de que Cristo lava a aquellos que son Suyos, que son de Él. La fuente es donde confesamos nuestros pecados y donde somos limpiados y perdonados.

Luego, entramos en el Lugar Santo, el lugar de la adoración. El candelabro de oro habla de Cristo como la Luz del mundo. La mesa para el pan de la proposición describe a Cristo como el Pan de Vida del cual comemos. El altar del incienso es el lugar de la oración. Habla del hecho de que Cristo es nuestro Intercesor. Si los israelitas deseaban adorar a Dios, tenían que entrar en el Lugar Santo. Si querían la luz del mundo, tenían que ir afuera, pero si querían la luz del candelabro, tenían que ir adentro. Y hoy en día, para servir a Cristo, no se puede caminar guiados por la sabiduría del mundo, sino por la luz de la Palabra de Dios. El Lugar Santísimo describe a Jesucristo en la presencia de Dios. En la epístola a los Hebreos se nos ordena llegar al trono de la gracia. El propiciatorio habla de esto, y aquí es donde hallamos gracia, y donde alcanzamos misericordia para el oportuno socorro. Hay un propiciatorio en el Cielo para los creyentes.

Cuando Cristo vino a la tierra, no tan sólo cumplió la figura del tabernáculo, sino que también hizo algo muy extraordinario. El tabernáculo en el desierto siempre estaba horizontal con la tierra. Lo que Cristo ha hecho es hacerlo perpendicular. Él está en el Cielo para limpiar y perdonar nuestros pecados. El Lugar Santísimo está en el Cielo hoy en día. El trono de Dios ha llegado a ser un propiciatorio, y aquí es donde llegamos. No vamos horizontalmente a Dios

acudiendo a una construcción o a un hombre, sino que miramos al Cielo, y vamos directamente a Él. Nos acercamos a Dios por medio del Señor Jesucristo. En su primera carta a Timoteo, capítulo 2, versículo 5, el Apóstol Pablo afirma: *Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre".*

Ahora, amigo oyente, permítanos esta pregunta: ¿dónde está usted hoy, con relación al tabernáculo? ¿Necesita pararse en el altar de bronce para ser salvo? Hay muchos miembros de iglesias que necesitan ir allí. ¿Es usted un hermano sucio que necesita confesar sus pecados en la fuente para ser limpiado? ¿Está usted caminando en tinieblas? Entonces, entre en el Lugar Santo y camine por la luz del candelabro de oro. Quizá necesite comer del Pan de Vida para recibir algún alimento. Puede ser que le falte pararse ante el altar del incienso. Quizá se encuentre en dificultades y necesite misericordia, gracia y ayuda. El propiciatorio está en el Lugar Santísimo para usted. Vaya allí y acepte la ayuda que le espera. Dios quiere bendecirle y quiere guiarle. Y este es en resumen, el estudio del capítulo 37 de Éxodo.

Entramos ahora al capítulo 38. En este capítulo consideraremos el altar del holocausto; la fuente de bronce; el atrio y la cantidad de las ofrendas del pueblo. En este capítulo todavía estamos mirando al tabernáculo. Empezando con el capítulo veinticinco, se dio en todo detalle el plano para el tabernáculo. Ahora, Bezaleel y sus ayudantes lo están construyendo. El hecho es que aquí, en el capítulo 38, el tabernáculo ya ha sido construido, pero todavía no ha sido arreglado. Este capítulo le da importancia especial al atrio. Cuando los israelitas se paraban durante su marcha a través del desierto, el tabernáculo era levantado en la arena. Las barras de oro eran puestas al lado y unidas por los anillos de las tablas y así todo el tabernáculo se unía. Luego, sobre las tablas se ponían las cuatro cubiertas: del lino torcido, de pelo de cabra, de pieles de carneros teñidas de rojo, y de pieles de tejones; estas cubiertas eran para su protección. La hermosura del tabernáculo tenía que ser vista desde adentro. Todo lo que había en su interior hablaba de la alabanza, de la adoración a Dios y de la bendición al individuo.

El atrio era de cien codos por cincuenta, y contenía el altar de bronce y la fuente. Aquí es donde la cuestión del pecado era arreglada. El pecador llegaba a la entrada y se paraba allí como pecador. El sacerdote lo guiaba al atrio. El sacerdote ponía su mano derecha sobre la cabeza de

la víctima, sea cordero, cabra o buey. Luego se mataba el animal y el sacerdote lo ofrecía sobre el altar. Hasta allí era donde llegaba el individuo. De allí en adelante, el individuo se acercaba en la persona de su sacerdote. El sacerdote tenía que pararse ante la fuente y lavarse para poder entrar en el Lugar Santo. Ahora, había tres muebles en el Lugar Santo: el candelabro de oro, la mesa para el pan de la proposición, y el altar del incienso; todos ellos hablan de la adoración. Luego, estaba el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, y el sacerdote no se atrevía a ir más allá de este velo. El arca del testimonio y el propiciatorio estaban en el Lugar Santísimo y sólo el sumo sacerdote entraba en este cuarto por toda la nación, y lo hacía una sola vez al año. Leamos ahora el primer versículo de este capítulo 38 de Éxodo:

> ***[1]Igualmente hizo de madera de acacia el altar del holocausto; su longitud de cinco codos, y su anchura de otros cinco codos, cuadrado, y de tres codos de altura. (Ex. 38:1)***

La altura del altar de bronce era igual a la altura del arca en el Lugar Santísimo. Era aquí donde la víctima era ofrecida, y donde era juzgado el pecado. Era aquí donde el individuo, o la nación, llegaba para arreglar el problema del pecado. Cuando este altar fue construido, no se podía construir ningún otro altar. Este era el camino a Dios, y cualquier otro altar construido en cualquier otro lugar hubiera sido una blasfemia. Era un lugar prominente porque aquí la cuestión del pecado era arreglada. No podía haber tal cosa como la adoración, ni la bendición, sino hasta cuando uno hubiera llegado al altar de bronce.

Los cuernos en el altar hablan de la fuerza y la capacidad de Jesucristo para salvar. Hay muchas instrucciones y detalles en cuanto al acercamiento y cuidado de este altar. Debía haber ciertos calderos, varas, y anillos, etc. Pero, lo importante para recordar, sin embargo, es su función de arreglar el problema del pecado.

Y aquí, amigo oyente, nos detenemos por esta ocasión. Continuaremos en nuestro próximo programa y confiamos Dios mediante, que usted nos vuelva a sintonizar. Será, pues, hasta entonces, es nuestra oración ¡que Dios le bendiga abundantemente!